periferias barrocas hacia el imperialismo. En todo caso, el estudio de Schreffler demuestra bien los intentos cada vez más problemáticos de solidificar la ideología imperial al final de la época de los habsburgos.

A fin de cuentas, el libro de Schreffler es una valiosa aportación al campo de los estudios coloniales y el barroco de Indias. Su estudio continúa las investigaciones sobre la problemática construcción de la identidad criolla y la compleja identificación con un protonacionalismo americano que han propuesto estudiosos como Kathleen Ross, Mabel Moraña, Yolanda Martínez-San Miguel, Anthony Higgins y José Antonio Mazzotti. Se podría decir que este tipo de estudios leen las contradicciones presentes en los textos y el arte del barroco de Indias. El texto de Schreffler lleva estas interrogantes a un marco transatlántico, y trae a colación una multitud de ejemplos tanto americanos como europeos a lo largo del estudio, no sólo de arte sino también de los documentos oficiales del archivo barroco. El estudio incluye muy buenas notas explicativas, el susodicho apéndice y una bibliografía amplia y útil para el lector. El libro en sí es un objeto lindo, con más de sesenta láminas, muchas a todo color. En resumen, el texto de Schreffler puede ser de gran utilidad para especialistas en literatura colonial y barroca, la historia del arte y los estudios transatlánticos.

Universidad de Pennsylvania

AARON ILIKA

SABINE SCHLICKERS. “*Que yo también soy poeta*”. *La literatura gauchesca rioplatense y brasileña (siglos XIX–XX)*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2007.

Desde la publicación de *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988), de Josefina Ludmer, no se había editado un estudio sobre la literatura gauchesca con perspectiva integral, totalizadora. El volumen de Sabine Schlickers reasume el desafío de enfrentarse a un corpus donde se entrecruzan complejas problemáticas circunscritas tanto a la variedad de textos involucrados como a las “presiones” inherentes de toda una tradición crítica previa, especialmente en el caso de la gauchesca rioplatense, donde el género se fue constituyendo en paradigma de la literatura nacional.

La innovación de este volumen radica en la incorporación de la literatura gauchesca brasileña, activando así una serie de vinculaciones que en los antecedentes críticos habían sido desconocidas o consideradas indirectamente en alguna mención marginal. Con el propósito de subsanar este olvido y la consecutiva fragmentación

en la percepción de un mismo fenómeno escriturario, Schlickers propone “presentar la literatura gauchesca de cada uno de los tres países [Argentina, Brasil y Uruguay] y el desarrollo genérico de la gauchesca de la ‘comarca pampeana’”, desde “una perspectiva ‘trans-’ –a saber: transnacional, transcultural y transgenérica–” (12).

Organizado en una “Introducción” y cuatro capítulos, el libro sigue un orden teleológico, que avanza desde la caracterización del contexto de emergencia de los textos y la presentación del modelo de análisis propuesto para el género, hasta el estudio concienzudo de un corpus importante y representativo. Además, en esta distribución, una mera compulsa cuantitativa entre las páginas dedicadas a cada capítulo resulta elocuente; por ejemplo, el análisis del contexto de emergencia de la gauchesca, que se debate en sólo veinte páginas, frente a las ciento sesenta del capítulo donde se analizan los textos, pone en evidencia una decidida focalización en el abordaje literario.

El capítulo titulado “El contexto histórico-social y cultural” propone un encuadre que luego permitirá significar aspectos de lo literario. Esta sección se inicia revisando lugares comunes en la tradición crítica sobre el tema (origen “etimológico” del vocablo gaucho y “étnico” del sujeto social gaucho, su “vida y cultura”), para continuar con una breve historia del gaucho en “los tres países fronterizos”.

La propuesta de lo “trans-” como metodología de estudio, ineludible, para abordar la gauchesca, podría haberse aprovechado con mayor profundidad al revisar el contexto sociohistórico de la “comarca pampeana”, mediante un énfasis en los tipos de intercambios socioculturales tan decisivos, en esta región recortada por la acertada hipótesis de la autora. En este sentido, no se percibe empeño por desmontar las fuertes interdependencias en esta zona de frontera que, como todo *borderline*, facilita porosidades en el ámbito de las configuraciones socioculturales de los tres países.

El abordaje de la gauchesca decimonónica requiere una aproximación más minuciosa a las conflictivas realidades sociohistóricas de los futuros tres países involucrados, en el azaroso derrotero de su conformación como naciones. Es por ello que una consideración más detenida en las interdependencias de orden político, que digitaron la vida de estos pueblos durante el siglo XIX, nos permitiría recuperar con mayor asidero la impronta netamente política, distintiva y contestataria, con la cual trama sus discursos la gauchesca, un elemento que ya había sido enfatizado en los estudios previos de Ángel Rama y Josefina Ludmer. Así, no resulta menor ponderar los vínculos medulares dentro de las Provincias Unidas del Río de La Plata y su incidencia en la posterior fragmentación que conformaría los futuros países de la región. Importa además, por los propósitos explícitos del libro, hacer un seguimiento de los nexos que este territorio mantuvo con el Brasil desde la Colonia; pensemos, por ejemplo, en los continuos intercambios en la mesopotamia

argentina y el determinante sustrato cultural común establecido por las misiones jesuíticas en la triple frontera argentino-brasileño-paraguaya. En el puntual caso del Uruguay, la ocupación portuguesa operó modificaciones en el terreno político, que ya han dejado sus apreciables huellas de interculturalidad en los primeros textos poéticos de Bartolomé Hidalgo.

Si bien estas vinculaciones no parecen ser desconocidas por la autora, quizás una redimensión de los lazos entre estas naciones en formación, que resaltase sobre todo las desigualdades jerárquicas en el orden político, hubiera arrojado mayor luz para comprender los modos de reapropiación que el discurso político hizo de la gauchesca. Una consideración que sí está presente, por ejemplo, cuando analiza la constitución de la literatura gauchesca como expresión regional, en el caso del Brasil, frente a su erección opuesta como representante de la producción literaria nacional en Argentina y Uruguay. La atinada ponderación sobre el papel de la comarca riograndense, como ámbito que no pudo competir en la construcción de una representación literaria de la brasileñidad, frente a las imposiciones de otros centros político-culturales, debería tal vez incorporar una conjugación entre el carácter periférico de esta región y sus antecedentes históricos separatistas como factores que, en la conformación de los rasgos identitarios distintivos del Brasil, deben haber funcionado de manera decisiva, incluso a modo de subestimación y “represalia”, al momento de seleccionar los rasgos representativos nacionales. Sintetizando: en Argentina la gauchesca pudo ser impuesta como “la” literatura nacional porque era una manifestación de la región del país con mayores capitales –económicos, políticos y culturales–, mientras que la literatura riograndense no pudo conseguirlo pues las regiones periféricas, por su pobreza –material y/o simbólica–, pocas veces logran definir algo en materia de representatividad nacional.

Por otra parte, si bien es cierto que el capítulo aspira a presentar un contexto extremadamente complejo, sobre las realidades sociohistóricas y culturales de un espacio heterogéneo y durante un período temporal extenso y especialmente convulsionado –y, por lo tanto, no podrá nunca superar las limitaciones de un panorama– debemos destacar que en la bibliografía faltan referencias a estudios que aportaron visiones renovadoras, sobre todo desde la disciplina histórica, que hoy nos permiten lecturas con mayores matices. En este sentido, por ejemplo un aspecto relevante como es la discusión sobre la mano de obra rural en la campaña bonaerense a fines del período colonial, es decir cuando la figura del gaucho aparece como representante social en la documentación conservada, no es considerado en el trabajo; son notorias, pues, las ausencias de figuras como Carlos Mayo, Juan Carlos Garavaglia o Raúl Fradkin.

En el capítulo tercero, “Modelo genérico de la gauchesca”, la mirada crítica ya se concentra en el análisis textual para “modelizar los rasgos constantes y

romántico-realista”, “la vertiente naturalista”, la “vertiente gauchi-picaresca”); o aquellos que reconocen hitos en el campo intelectual (“la institucionalización académica del gaucho”). Ciertas oscilaciones en el estudio no se deben tanto a la justificada heterogeneidad de factores incorporados al análisis de un fenómeno polivalente como la gauchesca, como a la variación de los criterios de “señalización”, que a veces dificultan el camino, sobre todo si pensamos que el texto puede ser frecuentado por personas menos empapadas con la historia y la historia literaria latinoamericanas.

El rastreo de la configuración de una “architextualidad” de la gauchesca le permite a Schlickers manejarse con amplísima libertad, capitalizando los enriquecedores vaivenes literarios apreciables entre los siglos XVIII y XXI—el último texto analizado, “El gaucho insufrible”, de Roberto Bolaño, se editó en el año 2003. Al mismo tiempo, a través de esta opción crítica, puede rehuir algunos debates metodológicos reiterados en los estudios anteriores, circunscritos a la problemática de si se puede abordar con los mismos criterios la gauchesca que articulaba su discurso con la entidad sociohistórica paralela de los gauchos (durante los siglos XVIII y XIX), en una coyuntura que facilitó diversos modos de promoción perlocutiva de la palabra, y la gauchesca sin gauchos (durante los siglos XX y XXI), donde los mecanismos de (des) mitificación de un sujeto representativo de una realidad pasada no tienen ya correlato histórico, y todo parece reducirse al imperio de las significaciones intertextuales.

Al elegir este modelo analítico, que privilegia su enfoque en los elementos discursivos de los niveles narrativos—con especial interés en los nexos intratextuales—, debemos señalar que se lateraliza la compleja relación entre el texto gauchesco y su público que, por lo menos para el siglo XIX, resulta en muchos aspectos borrosa, indeterminable. Así como en algunos casos excepcionales, como por ejemplo el *Fausto* de Estanislao del Campo, hay complicadísimas artificiosidades discursivas que están previendo más un lector cultivado, que un analfabeto que oye, con amplias capacidades para reconocer los regodeos literarios fundados en la parodia del género—discrepamos aquí con la autora: hacia 1866 hay suficiente tradición gauchesca asentada como para permitir este tipo de intertextualidad—; en otros casos, sin embargo, las aproximaciones a las experiencias de recepción resultan meramente hipotéticas, cuando no irrecuperables. No podemos entonces avanzar más allá de la especulación, por ejemplo, sobre los receptores de Bartolomé Hidalgo, quizás combatientes iletrados que recitaban sus cielitos, un género que en muchos casos conserva rasgos de su funcionamiento performativo como parte de batalla; o incluso sobre los sectores más populares que leyeron a Eduardo Gutiérrez, a fines del siglo XIX, un incipiente público masivo recientemente alfabetizado que prácticamente terminaba de aprender a leer con sus folletines. Aunque una modelización del género

es aspiración lícita de un estudioso de la gauchesca, las volátiles circunstancia en que se materializan los procesos de lectura y circulación de textos, tal como ha sido advertido por Roger Chartier, nunca deben desatenderse, y mucho menos en el caso de la gauchesca, donde particularmente se deconstruyen polarizaciones como culto-popular, oralidad-escritura o lectura-escritura.

Montado entonces sobre estos presupuestos teóricos y ceñido a sus opciones metodológicas, el capítulo cuatro analiza las numerosas revisiones que sufrió la gauchesca en textos que circularon por los tres países de la “comarca pampeana”. Desde los rudimentos del sainete criollo de fines del siglo XVIII, y pasando por los tratamientos de Hidalgo, Ascasubi, Pérez, del Campo, Hernández, Lussich y Gutiérrez, se llega al universo proteico del siglo XX. Continuidad de tópicos y reescrituras, parodias y desmitificaciones, préstamos y hurtos, son algunos de los aspectos que mayor presencia cobran en el capítulo, al momento de recomponer las nuevas modulaciones escriturarias, en esta disección del palimpsesto de la gauchesca que orienta el estudio. De esta manera, Schlickers vuelve sobre las revisiones clásicas (Lugones, Acevedo Díaz, Sánchez, Güiraldes, Payró, Lynch, Borges, Fontanarrosa, etc.); inquiriere sobre otras menos abordadas, especialmente las provenientes de la literatura brasileña (Simões Lopes, Piñeyro del Campo, de Viana, Jaureche, Maya, Ghirardo, Juvenal); y suma innovaciones en el corpus gauchesco (Fabregat Cúneo, Filloy, Sáenz, Schüler, Bolaño, etc.), sin desaprovechar cruces con el ensayo de interpretación nacional (Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, etc.) y las proyecciones literarias en otras artes como el cine.

A modo de cierre, podemos aseverar que el tomo de Sabine Schlickers cumple con el propósito de presentar un panorama sobre la tradición gauchesca y ofrece como mayor acierto la recuperación de los ecos y resonancias rastreables entre la más conocida porción de textos divulgados en el ámbito rioplatense y las menos difundidas producciones riograndenses. Probablemente, la urgencia del libro, que parece más dispuesto a presentar el conjunto que a desbrozar las problemáticas puntuales que trasuntan la gauchesca, más los traspiés sufridos en ciertas asunciones críticas y metodológicas que ya hemos cuestionado con más detalle, hacen que la lectura nos deje en el final el sabor trunco de una satisfacción a medias.

Universidad Nacional de Salta

CARLOS HERNÁN SOSA